

ИМПЕРИЯ

ГОРЬКО

ЭПИЛОГ

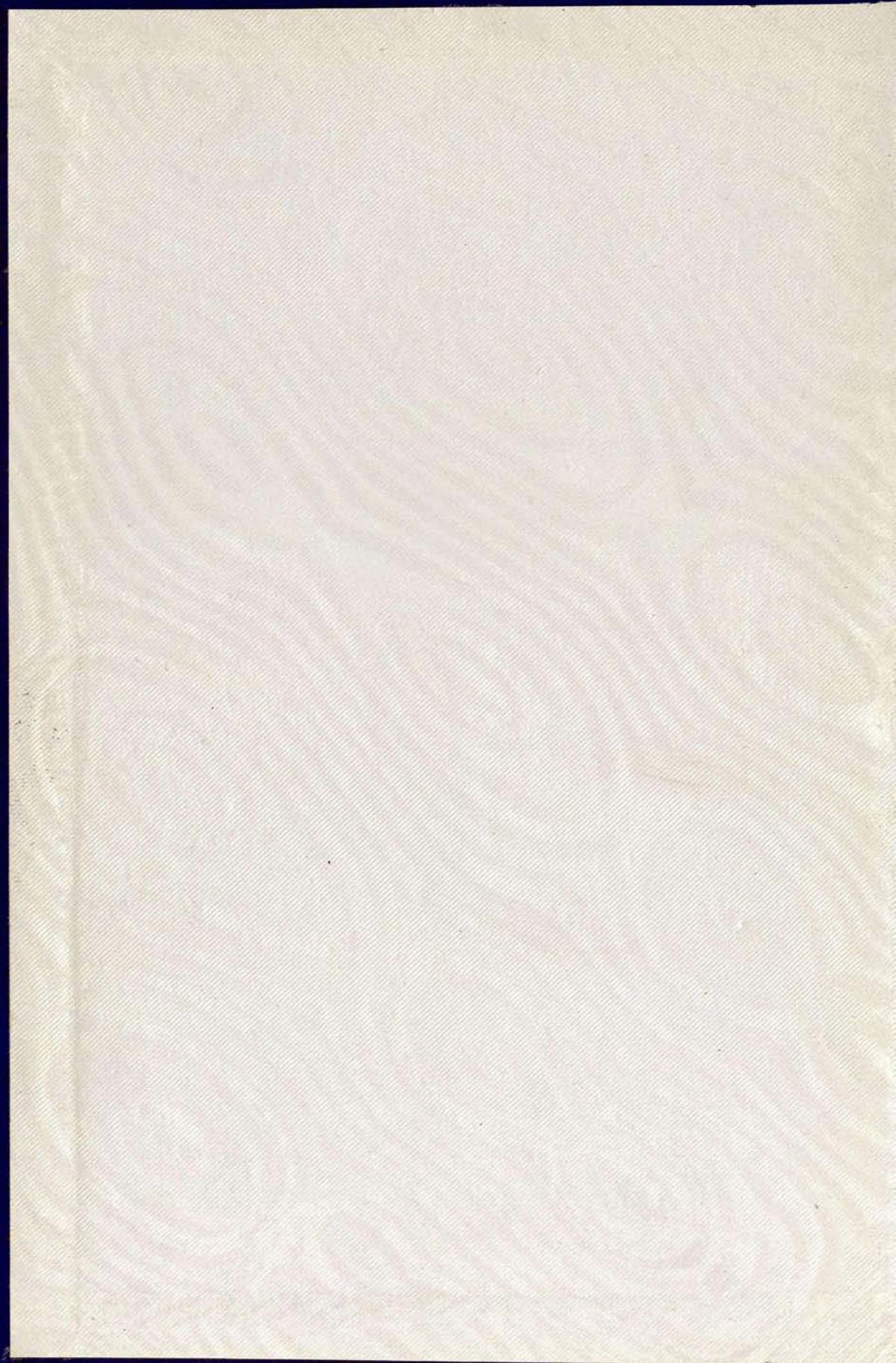
ИГРОВАЯ

ГЛУПА



А-2039





R
119373

A-2039

EPILOCO DE UNA CULPA.



A. L. A. R. la Serenísima Señora

D^a Paz de Borbón.

Señora: ni es verdad que el tiempo es padre del olvido, ni que la ausencia borra el más constante de los afectos.

Yo, por mi parte, puedo asegurar a V. A. que cada vez la recuerdo más, y cada vez con más respeto.

Si V. A. se digna recorrer esta obra, y, al hacerlo, tiene una memoria para su autor, será el aplauso que, después de los de mi Rey, (q. D. g.), agradezca más en el alma quien desea siempre para V. A. y para sus augustos Esposo e hijos, tantas felicidades como merece D^a Paz de Borbón, Princesa de Baviera, e inolvidable Infanta de España.

Señora:

A. L. A. R. P. de V. A.

J. M^e de Ortega Morejón.

Madrid.

Marzo 1888.

EPÍLOGO DE UNA CULPA.

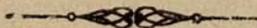
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJON.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL de Madrid la noche del 30 de Enero
de 1885.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ,
Calvario, núm. 18.

—
1885.

PERSONAJES.

ACTORES.

MAGDALENA.....	SRAS. CIRERA
MARÍA.....	CASADO.
MARGARITA.....	BARDO.
ANTONIO.....	SRES. VICO
FERNANDO.....	BALAGUER.
ISIDORO.....	CIRERA.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO.

Sala muy elegante. Puertas laterales: una de ellas, cerrada con verja y cristales, dá al jardín. Chimenea, sobre la cual hay un retrato de Magdalena. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO, MARÍA como despidiendo á Isidoro cerca de la puerta del fondo.

ISIDORO. Volveré...

MARIA. Pero...

ISIDORO. ¿Imaginas que no me cuesta trabajo?... Pero me mandan que calle, y, por consiguiente, callo. —Dejo á tu madre advertida lo bastante. Sin embargo, cuida tú de prepararla á una emocion...

MARIA. ¿Es acaso que mi padre?...

ISIDORO. Acaso sea; pero María...

MARIA. ¡Dios santo! Hable usted.

ISIDORO. (Vacilando.) Tú eres tan buena



y tan sensible... Me marchó: (Resuelto.)
no quiero romper las órdenes
que por escrito me han dado.
No olvides que la ventura
tiene al dolor por hermano:
prepara á tu pobre madre
para que pueda aguantarlo,
y recuerda aquellos versos
que siempre consuelan algo:
«Aquí para vivir en santa calma,
ó sobra la materia, ó sobra el alma.»

MARIA. No sé que pensar...

ISIDORO. (Mirando el reloj.) Las once.
Ya le estarán esperando.

MARIA. ¡Ah!

ISIDORO. Te dejo con tu hermana.
Adios. No olvides mi encargo.

ESCENA II.

MARÍA, MARGARITA.

MARIA. (¿Será posible?)

MARG. ¿En qué piensas?

—Yo me voy incomodando
con la tardanza. Parece
que cuando más le esperamos,
más tarde llega.

MARIA. Aún es pronto.

MARG. ¿Qué es pronto? Las once y cuarto.

MARIA. Tendrá que hacer.

MARG. ¡Muchas veces
me pasmas! ¿Qué hacer, Fernando?

Pasear por la Carrera
de San Jerónimo al lado
de cuatro sietemesinos...

—¡Pero, mujer, que te hablo!

¡Contéstame! ¿Qué te pasa?

¡Vas á llorar! ¡Vamos! ¡vamos!

Las bromitas de Isidoro
que hoy parecía un oráculo.

MARIA. Me ha dicho...

MARIA. (Abrazándola.) ¡Y cómo te amo!

ESCENA III.

DICHAS, FERNANDO.

FERN. ¡Buen grupo!

MARG. El grupo sí es bueno,
muy bueno; pero tú en cambio...

¿Sabe usted que son las doce?

FERN. ¿Cómo las doce?... He pasado
á las once y veinte en punto
por la Puerta del Sol.

MARG. ¡Vamos!
¿regateas los minutos?

¡Me gusta un amigo... avaro!

MARIA. ¡Margarita, no seas tonta!
¡Parece mentira!

MARG. ¡Alabo
tu fraternidad! ¿Me inculpas
por defender á este zángano?

FERN. No le gusta la injusticia,
ni á mí tu requiebro, ¿estamos? (Bromeando.)
Y como no te retractes...

MARIA. Sí, lo hará.

MARG. ¿Yo? Ni pensarlo.
¿Valgo ménos que esos tipos
que son sus amigos? ¿Valgo
ménos *que las que madrugan*
para comprar cuatro trapos?

FERN. ¡No, señora; y todo eso
está demás! Ni yo he estado
en la Carrera, ni miro
más que al descuido y al paso
á las que encuentro, que llevo
en los ojos tu retrato,
y me parecen horribles
si contigo las comparo.

MARG. ¡Qué adulador! ¡Mas por fuerza
hay que creerle ó matarlo!

FERN. Pues vengo de hacerme amigo,
de quien lo fuí de muchacho.

MARG. ¿De quién?

FERN. De aquel don Facundo
que fué en el pueblo Notario:
aquel que huyó, no sé como,
de la ira de aquellos bárbaros.

MARIA. Don Facundo?... Algo recuerdo...

MARG. Yo no.

FERN. Pues estaba hablando
boy con Rodriguez, ya sabes,
Rodriguez, el escribano
que facilitó la compra
de la huerta; y cuando estábamos
haciendo planes, penetra
don Facundo, hecho un muchacho
todavía, y, por ser breve,
hablando él, y yo hablando,
fuimos á dar en la cuenta
de nuestra amistad de antaño.

MARG. ¡Qué casualidad!

MARIA. Y el pobre,
¿dónde fué cuando arrasaron
ciudad, iglesia y archivos
aquellos desventurados?

FERN. Vino á Madrid: dió al momento
noticia al jefe del ramo:
éste, y el ministro, hicieron
esfuerzos por remediarlo;
mas ¿quién recoge pavesas
de papeles? Sin embargo,
pudo salvar, por mi suerte,
un documento que acaso
nos importe. El testamento
de mi pobre padre.

MARG. ¡Ay, cuánto
me alegro!

FERN. Eran tan amigos,
que cuando se puso en salvo
con los contados papeles
que tenía en su despacho,
y supo que en las ruinas
de aquel villorrio incendiado,
mi padre, (que en paz descansa)

- encontró muerte...
- MARIA. Fernando,
¡no evoques esos recuerdos
que siempre nos hacen daño!
- MARG. ¡Ya!... Lo que es aquellos hombres
que gritaban tanto, tanto...,
y que en nombre de una idea
tantas desgracias causaron,
no deben estar ahora
tan tranquilos como estamos.
- FERN. Verdad... Más... punto y aparte,
pues te incomoda el relato. (Á María.)
Mañana, si es que Dios quiere,
el testamento en mis manos
estará: veré qué dice;
veré cual era el encargo
que me indicó... ¡Pobre padre!
¡Parece que me está hablando!
- MARG. Y mamá cuando lo sepa...
Ya vereis, voy á contárselo. (Váse.)

ESCENA IV.

MARÍA, FERNANDO.

- FERN. Ahí tienes: á lo mejor
se alcanza lo inesperado.
- MARIA. Pero, ¿cómo no ha intentado
buscarte ese buen señor?
- FERN. Lo hizo el pobre en cuanto pudo;
escribió: luégo fué allá,
pero inútilmente ya;
todo estaba triste, mudo.
La gente desparramada
sólo pensó en su amargura.
No miente cuando asegura
que no pudo inquirir nada.
Pero ahora ¡cómo bendigo
la inesperada ocasion!...
Le hablé de una informacion,
y se presta á ser testigo.
No hacen falta ni partidas

de bautismo, ni inscripciones
de registro.

MARIA. ¿Lo supones,
ó te lo ha dicho?

FERN. ¿Te olvidas
de que mil veces te hablé
de un amor?...

MARIA. ¡No! (Con cierta tristeza.)

FERN. Pues ahora,

si Margarita me adora,
con ella me casaré;
que ya estoy bien enterado,
y en casos como el presente
no hay ningún inconveniente
en verse indocumentado.

MARIA. Te quiere mucho...

FERN. María,

y yo la adoro sin calma.
¡Pienso que la diera el alma
como el alma fuese mía!

MARIA. Sereis felices los dos,
que vale...

FERN. Lo que tú vales,
pues dos séres más iguales
dificilmente hará Dios.
Será el carácter opuesto,
pero el corazón...

MARIA. ¡Fernando!

FERN. La modestia es buena cuando
es preciso ser modesto;
pero ante mí, me parece
inútil, pues desde niño
te guardo todo el cariño
que tu virtud se merece.
No lo negarás..

MARIA. ¡Oh, no!

FERN. Ya eres mi hermana querida;
que nunca, nunca se olvida
el buen tiempo que pasó.

MARIA. Bueno... á medias.

FERN. Es verdad;
vosotras...

MARIA.

Aún me parece
ver el incendio que crece
en la cercana ciudad.
Oigo tronar los fusiles:
miro á quien corre, resuelto
á morir, caer envuelto
en nube de proyectiles;
y luégo en la noche helada,
aquella que fué mi aldea,
es una masa que humea
informe y ensangrentada.

FERN.

Y yo solo, y aturdido,
aún creo que voy, gimiendo,
campos y campos corriendo
hasta mirarme acogido
en vuestra casa, y de allí
nos miro salir...

MARIA.

El caso
es que vamos, paso á paso,
relatándonos así
una cosa que debemos
olvidar por lo sabida.

FERN.

Es verdad: eso se olvida
por triste, y lo olvidaremos.
No lograrán su intencion
los que el archivo quemaron,
los que mi pueblo arruinaron,
los que en revuelto monton
de cadáveres y escombros
ver su enseña necesitan,
al mismo tiempo que quitan
la que Dios llevó en sus hombros.

MARIA.

Eso mi padre escribió.

FERN.

Por cierto que aún no he leído
su última carta.

MARIA.

Ha venido
hace mucho, y nos causó
malestar. No escribe él:
le hace su criado, y creo
que, ó me estravía el deseo,
ó es el último papel
que nuestros besos recibe;

- pues Isidoro...
- FERN. Es verdad:
picó mi curiosidad...
Pero, ¿cómo se concibe
que no avise?...
- MARIA. Un telegrama,
ó acaso al otro correo...
- FERN. ¡Mejor! ¡Conocer deseo
á quien tanto y tanto os ama!
- MARIA. Bien lo prueba. ¡Pobre padre!
¡Veinte años allá!...
- FERN. Al venir
lo hace para presidir
mi boda.
- MARIA. Tal vez.
- FERN. ¡Tu madre!

ESCENA V.

DICHOS, MAGDALENA, domacrada y vacilante.

- FERN. Buenos dias.
- MAGD. Adios, hijo.
- MARIA. ¿Quieres salir ya?
- MAGD. No sé
si dar un paso podré.
- FERN. ¿Uno? ¡y doscientos, de fijo!
- MAGD. No lo creas.
- MARIA. Tu aprension
es tu gran enfermedad.
- FERN. Y luego la soledad
que busca con tal fruicion,
no puede hacerla provecho.
Siempre en la iglesia metida.
- MAGD. Sólo allí aprecio la vida
y está mi afan satisfecho.
- MARIA. Hoy hace un día excelente.
(Cambiando de tono.)
Voy á vestirme: saldremos;
luégo, á pié, pasaremos
despacio...
- FERN. Perfectamente.

Como tuyo es ese plan.
No hay que chistar, Magdalena.
Usted no quiere ser buena,
y es lo opuesto nuestro afán.
—Anda.—La haré compañía.
No tardes mucho.

MARIA. Un instante.
Si tiene usted un semblante
más bueno... (Besando á su madre al salir.)
MAGD. ¡Pobre hija mia!

ESCENA VI.

MAGDALENA, FERNANDO.

MAGD. Me ha contado Margarita...
FERN. ¿Lo de don Facundo? Ha sido
un buen rato el que he tenido,
y él tambien.
MAGD. ¡Se necesita
verlo! Por muerto le dieron.
FERN. Pues, ó mi recuerdo miente,
ó está igual: tan sonriente,
tan gordo...
MAGD. ¿Y con él se fueron
sus hijas?
FERN. No he preguntado.
Habló de usted: de su vida
tan santa y tan recogida
en aquel cason aislado,
teniendo por vecindad
la ermita y el campo santo.
MAGD. (¡Dios mio!)
FERN. La estima tanto,
pues hablaba con verdad,
que dice que, al no saber
su paradero, sufrió
de tal modo...
MAGD. Y conservó,
(así lo creí entender),
el testamento... Pregunto...
(Aparentando indiferencia.)
por qué...

- FERN. Le llevó consigo...
- MAGD. ¡Ahí tienes un buen amigo!
- FERN. Mañana, punto por punto
devorará mi ansiedad,
y mi anhelo, hoy venturoso,
de aquel padre cariñoso
la postrera voluntad.
- MAGD. Si eres su único heredero,
solo dirá...
- FERN. Sin embargo,
me habló al morir de un encargo,
y cumplir su encargo quiero.
- MAGD. ¡Jesús!
- FERN. (Asustado.) ¿Qué es eso?
- MAGD. No, nada,
nada: ¡lo de siempre ha sido!
(Llevándose la mano al corazón.)
(Dios mío, cuánto te pido
egoísta y desgraciada!)
- FERN. ¿Pasó ya?
- MAGD. Sí, ya pasó
por ahora...
- FERN. ¿Por ahora?
La pena que la devora
no será eterna.
- MAGD. ¿Que no?
- FERN. Vamos, demos al olvido
el tiempo desventurado.
- MAGD. Mi presente es el pasado.
- FERN. El porvenir no ha venido,
y en él no habrá de sentir
más que calma y alegría.
¡Claro! Antonio el mejor día
nos dice que vá á venir.
- MAGD. ¿Sabes? (Con ansiedad.)
- FERN. Nada. Me figuro
que si fué á ser rico allá,
al serlo regresará.
¿No es el cálculo seguro?
- MAGD. ¡Tienes razon!
- FERN. Y al regreso,
sí es en un término breve,

les diré lo que conmueve
mi alma, lo que es mi embeleso:
algo que con pura lumbre
brilla en mí.

MAGD. ¡Cuán feliz eres!
¡Para tí son los placeres;
para mí la pesadumbre!

ESCENA VII.

DICHOS, MARGARITA.

MARG. ¡La pesadumbre! ¡Ahí es nada!
¡Eso es ofender al cielo!
¿Pues no somos tu consuelo
y tu bien?

MAGD. ¡Hija adorada!

MARG. Si hoy no estás del todo buena
lo estarás: lo profetizo.

MAGD. ¡Ay!

MARG. Sabía lo que hizo
quién te puso Magdalena.
¡Siempre llorando!

FERN. Es verdad;
y sin razon.

MARG. ¡Ya lo creo!
Cuanto pide su deseo
lo alcanza su voluntad.
Se comprende que llorára
cuando papá la dejó
en el pueblo, y se marchó...
pero hoy... ¿ó te has vuelto avara?
Papá si puede llorar
por dar alivio á sus penas;
porque nos conoce apénas,
nos tuvo que abandonar;
y en aquel clima abrasado,
—por darnos fortuna y nombre,—
—¡ya lo creo!— ¡aún siendo un hombre
comprendo que habrá llorado!

FERN. ¡Magnífica relacion
por lo séria! En tí es extraña,

y más cuando la acompaña
la justicia y la razón!

MARG. ¡Hombre, gracias, ¡qué galante!
¿Y no me defiendes? (Á Magdalena.)

MAGD. Veo
que es en broma, y no deseo
impedírselas... Bastante
tiempo...

FERN. ¡Por Dios, Magdalena,
no volver á las andadas!
Hay horas desventuradas
en que domina la pena,
y, lo digo francamente,
desde que hoy he entrado aquí,
algo triste percibí
palpitando en el ambiente.
Recuerdos de lo pasado,
dolencias, miedo al futuro,
sermon... Vamos, aseguro
que por hoy se ha terminado.
¿He dicho bien?

MARG. Sí, señor.

MAGD. ¿Y de qué quieres que hablemos?
¡Yo vivo triste!

FERN. ¡Hablabamos
de lo alegre, del amor!
Y en ese terreno ansío
confesarme.

MARG. ¿Confesarte?
¿Y quién puede perdonarte?
¿Mi madre?

FERN. En ella confío.
Ella sabrá comprender
todo lo que en mí se agita,
y esta pasión infinita
que presta sér á mí sér!

MAGD. ¿Te enamoraste?

FERN. Hace mucho.

(Magdalena baja la cabeza. Fernando mira á Margarita con arrobamiento, mientras ésta dice:)

MARG. (Ántes que el rubor me venza,
me voy. . Jesús, ¡qué vergüenza

si ante mi madre le escucho!
Pues si ha de haber confesion,
yo voy allá con María...
Hasta luégo, madre mía,
no niegues la absolucion. (La besa, y váse.)

FERN. No, ven: has de estar presente.

MAGD. Ven aquí: casi es tu hermano,
y en su bienestar me afano.

FERN. Voy por la desobediente. (Váse.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA.

¡Dios quiera hacerle dichoso!
Tanto como yo lo era,
cuando la pasion primera
me daba dicha y reposo. (Brevísima meditacion.)
¡Todo huyó! ¡Cuán presuroso,
cuán fugáz!... ¡Pero qué lento
el tiempo del sufrimiento,
sobre todo si en sus horas
se oyen amenazadoras
voces de remordimiento!
(Llevándose la mano al corazon.)
¡Cómo pretendes romper
tu cárcel, corazon loco,
que *entónces* tuviste en poco
las prisiones del deber!
¡Sigue, sigue... puede ser
que mi muerte... Cielo santo!...
¿Mi muerte?... ¡Me causa espanto
pensar en la eternidad,
que allí sabrán la verdad
del origen de mi llanto!

ESCENA IX.

DICHA, ISIDORO precipitadamente.

ISIDORO. ¡Magdalena! ¡Es menester
que me oiga usted con firmeza!

- MAGD. ¡Dios mío! (Levantándose.)
ISIDORO. ¡Quién sufre y reza
valiente tiene que ser!
MAGD. ¡Me aterra su agitacion!
¡Hable usted!... ¡La incertidumbre
es la mayor pesadumbre
que soporta el corazon!
ISIDORO. Antonio...
MAGD. ¿Qué?
ISIDORO. Pues debí
callar...
MAGD. Siga usted.
ISIDORO. ¡Valor!
MAGD. ¿Ha muerto? (Casi con alegría.)
(Jesús, qué horror
me doy.)
ISIDORO. ¡No! ¡Vuelve!
MAGD. ¡Ay de mí!
ISIDORO. ¡Magdalena! ¡Vamos! ¡vamos!
(Tomándole el pulso.)
¿Qué es esto? ¡Cruel destino!
¡En el final del camino
caemos ó naufragamos!
¡María! ¡Juan! ¡Margarita! (Llamando.)
¡Venid pronto!... ¡Magdalena!
¡Vamos! ¡La dicha enajena,
pero no mata!

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA, MARGARITA, luego FERNANDÓ.

- MARG. ¿Quién grita?
MARIA. ¡Madre! (Corriendo á ella.)
MARG. ¿Un desmayo?
ISIDORO. (Con solemnidad.) ¡Algo más!
La dicha... (Mintiendo.)
MARG. ¡Madre!
FERN. (Entrando.) ¿Qué es eso?
ISIDORO. Al anunciar el regreso
de Antonio ..
MARG. ¿Viene? (Con un grito.)



- ISIDORO. Quizás
no tarde en llegar aquí.
Mi hermano le espera.
- MARG. ¡Vamos!
- MARIA. ¡Oh! ¡sí! ¡Corramos! ¡corramos!
¡Padre del alma!
- MARG. ¡Ay de mí!
- ISIDORO. La ventura no es completa.
(Calmando con el ademán.)
Tengo una carta hace días,
y de ella las dudas mías
y aquella lucha secreta
que no he podido ocultar
y no supísteis vencer...
Ahora os la voy á leer...
y usted la debe escuchar.
(Con tristeza á Magdalena.)
- MAGD. Ya estoy fuerte... (Violentándose.)
- FERN. Yo la leo:
es mejor.
- ISIDORO. Bien: ahí está.
Dios quiera...
- MARG. Comienza ya.
- ISIDORO. ¡Firmeza!
- MARIA. ¡Tiemblo!
- MAGD. (¡No veo!)
- FERN. (Leyendo.)
«Mi inolvidable amigo Isidoro: casi al mis-
mo tiempo que esta carta llegaré yo á esa
»Córte. Vuelvo rico á donde salí pobre, pero
»vuelvo con honda pena donde esperaba
»volver dichoso.»
- MAGD. ¡Ah!
- MARIA. ¡Padre mio!
- FERN. Oigan en calma hasta el fin.
- MARG. ¿Pero por qué no vuelve dichoso?
- ISIDORO. Sigue, sigue, Fernando. ¡Pobre amigo de
mi alma!
- MARIA. Sigue, sigue.
- MARG. ¡Nos asusta usted, Isidoro!
- FERN. (Leyendo.) «Volver dichoso.
»Ya sabes que dejé el apacible hogar, nido

»de mis amores, para conseguir la fortuna
»que echaban de menos mi Magdalena de
»mi alma y mis dos hijas, pedazos de mis
»entrañas, que hoy apreciarán mi sacrifi-
»cio, ya que entónces les era imposible.»

MARIA. ¡Dios le bendiga!

FERN. ¡Calla! Si le hace á usted mucho daño la
lectura...

(Á Magdalena que solloza.)

MAGD. No.

ISIDORO. No; y hay que leerla toda.

FERN. «Y hoy que regreso trás veinte años de
»ausencia, te encargo que no las dejes ba-
»jar á esperarme. Mi desgracia se aumen-
»taria si ellas me recibieran en sus brazos.
»El mundo, por lo general, se burla de las
»grandes explosiones del sentimiento, y
»juzga tú del mio cuando llegue. No he de
»volver á...»

(Deteniéndose brúscamente.)

ISIDORO. Sigue, sigue; pero en tanto,
armas de fortaleza.

FERN. Si es una desdicha...

ISIDORO. Empieza:

«No he de volver...»

MAGD. ¡Por Dios santo!

¡Concluye! Trae. (Quitándole la carta.)

ISIDORO. (Arrebatándose.) ¡No! ¡Usted no!

¡Fuera el golpe más cruel!

MAGD. ¡Más que diga ese papel
me tengo supuesto yo!

MARIA. Y yo...

MARG. ¡No sé qué me pasa!

MARIA. ¡Ay! Ruido... ¡Un coche!... ¿Será?

ISIDORO. No tuvo paciencia.

MARIA. ¡Ah!

¡Pára en la puerta!

MARG. Es en casa.

(Agolpándose á la puerta cerrada del jardín.)

MARIA. ¡Él... ¡Él!...

MARG. ¡Antonio!

FERN. ¡Más calma!

(Corriendo á la puerta del fondo.)
MARG. ¡Papá!
ISIDORO. ¡No salgais! (Deteniéndolas.)
FERN. (Id.) Más vale...
MARIA. ¿Qué no salgamos, si sale
por nuestros ojos el alma?
MAGD. ¡Al fin!... ¡Al fin!...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ANTONIO conducido por otros dos que se quedan en la puerta, y con quienes hablan ISIDORO y FERNANDO.

ISIDORO. ¡Os lo ruego!
ANT. ¿Aquí?
MARG. y MARIA. ¡Padre!
ANT. ¡Mi alegría!
(Abrazándolas con transporte.)
¡Hijas!... ¡Magdalena mía!
¿Donde estás? ¡Acude al ciego!
MARG. ¿Ciego?
MAGD. ¡Antonio!
MARIA. ¡Virgen Pura!
ANT. ¿Qué importa? ¡Imita mi calma!
MARIA y MARG. ¡Padre!
ANT. ¡Os veo con el alma,
y asombra vuestra hermosura! (Grupo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero. Al finalizar el acto ha anohecido por completo.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.

¡En vano, en vano procuro
sobornar á mi conciencia;
en vano esconden mi culpa
las sombras que la rodean!
Nadie sabe mi delito:
no existe la menor prueba,
que aun aquellas que existieron
trocó la suerte en pavesas!
Todo me ampara, y en vano:
¡el remordimiento aumenta!
¡Qué horror! Á veces se inunda
mi corazon con la inmensa
felicidad que me causa
ver sus ojos en tinieblas!
Sí, callaré; que aunque sube
esa confesion horrenda
hasta mis labios marchitos
que á su horrible peso tiemblan,
debo callar siempre, siempre...,
¡oh! ¡sí! ¡por ella! ¡por ella! (Breve páusa.)

¿Y lo callará quien debe
saberlo cuando yo muera?
¡Oh! ¡sí! ¡me idolatra! ¡Se aman!
Puedo morir sin que vengan
recelos de sus venturas
á aumentar mis propias penas.

ESCENA II.

DICHA, ISIDORO.

ISIDORO. ¿Cómo aquí tan apartada?

MAGD. ¡Ah! Pues Antonio pasea
por el jardín, y prefiero
descansar.

ISIDORO. ¿Cómo se encuentra
usted hoy?

MAGD. Peor.

ISIDORO. Veamos.

Venga ese pulso.

MAGD. Se aumenta
la fatiga.

ISIDORO. Está usted débil;
pero esto pasa.

MAGD. ¡Dios quiera!

ISIDORO. La otra mano.

MAGD. No le gusta
mi situación. Lo confiesa
ese gesto...

ISIDORO. ¡Qué aprensiva!
Lo que la encuentro es inquieta.
Y ya que, llegando Antonio,
más dicha á su casa llega,
es menester que su calma
quiera ayudar á mi ciencia.
No hay digital en el mundo
como una vida serena
y tranquila. Conque ahora
es necesario tenerla.

MAGD. La tendré.

ISIDORO. Y á esos ataques
nerviosos que la estropean,
sucederá...

- MAGD. Lo presiento
por más que usted me lo niega.
- ISIDORO. Me ofende que así se dude
de mi aserto, Magdalena.
- MAGD. ¡Pobre Isidoro!
- ISIDORO. Silencio!
Parece que alguien se acerca.
Siga usted con lo mandado
y tranquilidad completa.

ESCENA III.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. ¡Buenas tardes! ¡Hola! ¡hola!
el doctor y la paciente!
- ISIDORO. ¡Adios! (Saludándole.)
- MAGD. Fernando. (Llamándole cariñosamente.)
- FERN. Presente.
- MAGD. No puedo moverme sola.
Ayúdame á levantar,
y perdona...
- FERN. ¡Por favor!
(Reconviniéndola y ayudándola.)
- ISIDORO. ¿No estaría usted mejor
acostada? (Ayudándola.)
- MAGD. Quiero hablar
con Antonio.
- FERN. Amor constante
que agradece, aunque decía
há poco, que parecía
que huye usted verle delante.
- MAGD. ¿Decía?
- ISIDORO. ¡Miren el tall!
¿Quiere mimo, y á sus años?
¡Y lo cuenta á los extraños
como casa natural!
- FERN. ¿Yo soy extraño? (Bromeando.)
- ISIDORO. No, á fé;
pero ¿no envidia su amor?
- FERN. Sí, lo envidio, sí señor,
y más de lo que pensé.

Pero tambien uno igual,
y pronto.

MAGD. ¡Ah! ¡sí! El otro día,
ayer, dijiste...

FERN. Que haría
mi confesion general.
Y ya lo tengo acordado,
esta noche...

ISIDORO. ¡Plazo breve!

MAGD. ¡Vamos!

FERN. ¿Quiere que la lleve?

MAGD. Aquí, á mi cuarto. He dejado
la medicina...

ISIDORO. Yo iré.

MAGD. No: tambien voy á rezar.

FERN. Dios sólo debe escuchar
las oraciones de usted. (Salen.)

ESCENA IV.

ISIDORO, FERNANDO.

ISIDORO. Pobre Magdalena. (Pausa.)

FERN. (Saliendo.) Vamos,
Isidoro, la verdad.

ISIDORO. El fin de la enfermedad,
querido amigo, empezamos.

FERN. Desmejora de tal modo...

ISIDORO. Es que el corazon batalla,
porque el obstáculo que halla
desaparezca del todo.
Pero el obstáculo es tal
en esa circulacion
que hay sólo una solucion
rápida, horrible y fatal!
¡Pobre mujer! La contemplo
todavía en el instante
en que postrada, radiante
de amor y dicha, en el templo
dió el sí de amor. ¡Cuán hermosa!
¡Cuán feliz! Se idolatrabán,
y más de cuatro envidiaban

aquella union venturosa,
y éstos serían despues
los que con torpe intencion,
dijeron que aquella union
la inspiraba el interés.
Pues teniendo Magdalena
fortuna, y mi amigo Antonio
no llevando al matrimonio
más que su alma honrada y buena,
y su carrera, sintió
herida su dignidad,
y con santa heroicidad
á buscar oro marchó.

FERN. Ya la escuché á Magdalena
contar por qué se fué Antonio,
—á poco del matrimonio—
á Cuba. ¡Con cuánta pena
lo repite! Ella quedó
con sus hijas.

ISIDORO. Y viviendo
como una monja, y sufriendo...

FERN. Eso mejor lo sé yo.
Rara vez en la ciudad
se la vió, y únicamente
cuando yo obstinadamente
las buscaba en su heredad,
iba con sus hijas...

ISIDORO. ¡Justo!
¡Es una santa mujer!
¡Y por serlo, va á perder
la vida; pues el disgusto
de la ausencia ha trastornado
su corazon de tal suerte
que, al cabo, podrá la muerte
robarla de nuestro lado!

FERN. Luégo el pobre Antonio ciego...

ISIDORO. Tanto trabajo...

FERN. Si viera
á su mujer...

ISIDORO. Yo quisiera
decirle... Más el sosiego
que trás tanto batallar

disfruta hoy, me contiene.
FERN. ¡Mire usted por dónde viene!
¡Qué feliz es!

ESCENA V.

DICHOS, ANTONIO apoyado en MARÍA.

ANT. ¿No ha de estar
aquí tampoco?
MARIA. No está.
ISIDORO. Pero, ¿á quién andais buscando?
ANT. Á Margarita...
ISIDORO. Fernando,
¿sabe usted dónde estará?
ANT. ¿Fernando?
FERN. Há tiempo la vi...
(Acercándose á él.)
ANT. Lo que es ella y Magdalena...
ISIDORO. Es que como no está buena
la pobre...
ANT. ¿Mi mujer?
ISIDORO. Sí.
ANT. ¿Aún sigue siendo aprensiva?
ISIDORO. No tal.
MARIA. ¡Pobre madre!
ANT. Espero
la cuides con el esmero
que sabes, que aunque me esquiva,
comprendo que es por la pena
que la causa—¡desdichada!—
ver mis ojos sin mirada.
MARIA. ¡Papá!
FERN. ¡Antonio!
ANT. Enhorabuena.
Dios quiso mandar el fuego
que abrasó mis ojos; bien.
Me ha dado dicha también,
me ha dado nombre y sosiego,
el rayo me arrebató
la vista de lo que encuentro...,
pero hay tantas luces dentro

del alma que Dios me dió,
que en un piélago infinito
de perennes resplandores,
miro, entre sueños de amores,
mucho más que necesito.

Mis hijas, mi esposa... ¿Quién
pobre ciego me llamó?

¡Ni ellos ven lo que veo yo,
ni quiero ver lo que ven!

ISIDORO. Me place escucharte.

FERN. ¡Oh, sí!

ANT. Toda mi filosofía
es aceptar lo que envía
el que nos envía aquí.
No todo ha de ser ventura;
y el placer no se apreciára
si á su lado no marchára
unida la desventura.
¿No es verdad?

MARIA. Sí, padre mío:
así pienso yo tambien.

ISIDORO. *Ellos lo dicen muy bien...*

ANT. Y lo sienten, te lo fio.

ISIDORO. Más vale...

FERN. En tal situacion...

MARIA. Sí, no hablar.

ANT. Deja, María.
Tengo un escudo, hija mía,
llamado resignacion,
y todo se embota en él.

ISIDORO. Voy á visitar ahora
á un desdichado que llora
víctima de un mal cruel,
y en las sordas tempestades
del dolor, sin que le pese,
blasfema é injuria.

ANT. Ese
tiene dos enfermedades.
No tardes en ir allá;
pero vuelve, que te espero
á comer.

FERN. Sí, porque quiero

- que esté presente...
- ANT. Estará.
- ISIDORO. Haré un esfuerzo.
- MARIA. Le aguarda
una sorpresa...
- ISIDORO. ¿Sorpresa?
- FERN. Confesion de... sobremesa.
- ISIDORO. ¡Ah, ya!
- MARIA. Conque á ver si tarda.
- ANT. Á las ocho en punto aquí.
- ISIDORO. Pues hasta las ocho. (Váse.)
- FERN. Adios.
- (Antonio dice á Fernando, que le ha cogido de un brazo.)
- ANT. Sereis felices los dos
para hacerme más á mí.

ESCENA VI.

DICHOS, ménos ISIDORO.

- FERN. ¡Comprende usted mi deseo!
- MARIA. Vé á buscar á Margarita,
porque papá necesita...
(Cambiando de conversacion.)
- ANT. Estar con las dos deseo.
Mirad. Siempre os he llevado
en esta cartera.
- FERN. ¿Á ver?
- ANT. ¡Mis hijas y mi mujer:
mi presente y mi pasado!
- MARIA. De niñas, y ya mayores...
(Mirando los retratos.)
- FERN. Valen ahora mucho más.
- ANT. ¡Pocos capullos verás
más hermosos que las flores!
- MARIA. ¡Qué galante!
- FERN. Han cambiado
de un modo...
- ANT. Yo las recuerdo
muy bien: tanto, que aun me acuerdo
del instante desdichado

en que partí... Margarita
en brazos de Magdalena
duerme tranquila y serena
con ignorancia bendita.

Tú, de mi mano agarrada, (Á María.)
ves de tu madre el quebranto,
y sin saber que es el llanto
sollozas acongojada.

Yo, fingiendo fortaleza,
beso á las tres: salgo, vuelvo,
os beso más: me resuelvo,
y sin volver la cabeza
huyo del bendito hogar
donde, pobre, viví en calma,
y al espaciarse mi alma
por las anchuras del mar,
siempre á buscaros volaba,
siempre á las tres os veía...
y entónces sí que gemía,
y entónces sí que os amaba!

MARIA. Más ya todo concluyó. (Abrazándole.)

FERN. ¡Todo!

ANT. ¡Todo por fortuna!

¡Ya la desdicha importuna
de seguirnos se cansó!

FERN. Entónces esa señora
se parece á Margarita.

ANT. ¿Por qué se ha cansado?

FERN. Evita
seguirnos.

MARIA. La traigo ahora,
y veremos.

FERN. Déjame.

Yo voy, y haré que esa niña
caprichosa ..

ANT. ¡No haya riña!

FERN. ¡Vaya! (Váse.)

ANT. Yo la reñiré.

Y me quieran, lo consiento.
Y que no estará contento
mi pobre Roman, mi amigo,
al ver que su hijo Fernando,
—porque en la gloria lo vé,—
será hijo mío. No sé
cómo estuve vacilando.
¿Verdad, María?

MARIA. ¡Verdad! (Con tristeza.)

ANT. ¿Y tú, no tienes amor?

¿Nadie pudo?...

MARIA No, señor.

Toda la felicidad
que ese sentimiento encierra
está en el amor de ustedes.

ANT. Amarnos lo mismo puedes.

MARIA. No me ama nadie en la tierra
más que quien me debe amar,
porque su sangre es la mía.
Si me amasen, lo diría.

ANT. Sí; no es fácil de ocultar.

Pero no sé la razón;
mas supongo que tú adoras
en silencio; que en las horas
de aislada meditacion
se eleva tu fantasía...

MARIA ¡Por Dios!

ANT. ¿Ves? También me elevo:
soy orador, te conmuevo.
Algo me ocultas, María.
Acaso yo...

MARIA. (¡Qué martirio!)

No: le repito á usted.

ANT Dime

si en ese impulso sublime,
si en ese hermoso delirio
que el hombre llama pasión,
una pena se agiganta
y con su presencia espanta
la paz de tu corazón.
¿Quién, sino yo, te diría
con lealtad?...



MARIA. Padre, es en vano:
dije verdad.

ANT. No me allano
á creértelo, María.

MARIA. Hace usted mal.

ANT. Y quizás
te señalara el autor
de tu silencioso amor.

MARIA. ¡Oh, padre! ¡Jamás! ¡jamás!

ANT. ¿Ves cómo leo en la herida
de tu alma?

MARIA. ¡Padre mío!

¡Es un sueño, un desvarío
de usted!

ANT. ¡Hija de mi vida!

¡Yo sentí tu corazón
latir con ansia vehemente,
al hallarse frente á frente
de quien causa tu aflicción!
Tembló tu brazo en mi brazo:
le hablas con indiferencia:
me consagras tu existencia.

MARIA. Cual debo...

ANT. No lo rechazo;
pero es que calenturienta,
resignada y mártir lloras;
y la pena que devoras
de dulce placer sedienta,
busca un pecho en que caer,
un corazón que inundar,
una angustia que calmar
y un alma que conmover,
y vienes... ¿á quién mejor?
¡á quien te ha dado la vida
para que llene tu herida
con su inmensísimo amor!
¡Llora! El llanto que se vierte
es mal en lluvia deshecho.
¿Quieres amor? ¡En mi pecho!
¡Padre! ¡padre!

MARIA.

ANT. ¡Abraza fuerte;
que también tengo encerrado

- en mí tanto amor, María,
¡que hasta Dios lo envidiaría
si Él no me lo hubiese dado!
- MARIA. ¡Jamás diga usted, por Dios!...
- ANT. Margarita...
- MARIA. Si supiera...
de seguro que muriera...
- ANT. ¿Morir?
- MARIA. Sí; hablando las dos
mil veces lo ha repetido:
¡le ama como debe amarle!
- ANT. ¿Y tú?
- MARIA. Haré por olvidarle
y al cabo vendrá el olvido,
¡vendrá! y más cuando los vea
felices.
- ANT. ¡Hija! ¡mi encanto!
- MARIA. ¿Me jura usted?
- ANT. ¡Por Dios santo!
- MARIA. ¡Oh, gracias!
- ANT. ¡Bendita sea!
(Besándola y mirando al cielo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MARGARITA.

- MARG. ¿Mimos?
- ANT. ¿Al fin eres tú?
- MARG. ¿Y lágrimas? ¿Qué sucede?
¿Acaso mamá?...
- MARIA. (Con prontitud.) Eso mismo:
esa enfermedad rebelde...
- ANT. Más ya pasará.
- MARIA. Dios quiera.
- MARG. Te he repetido mil veces
que, aunque Isidoro es buen médico,
puede engañarse, y sin puede,
se equivoca.
- ANT. ¿Pero el caso?...
- Yo ignoraba que ya hubiese
dicho Isidoro...

- MARG. Sí, ha dicho...
ANT. ¡Habla!
MARIA. ¡Silencio!
ANT. No: entérate
de si escucha, y dime todo,
¡todo lo que me interese!
MARG. ¿Pero no le has dicho?... ¿Entonces,
por qué lloraban ustedes?
MARIA. (¡No sigas!) (Á Margarita.)
MARG. (Á María.) (Pero...)
ANT. Es preciso
que de su estado me entere.
Quiero saberlo.
MARIA. La pobre
no está bien: llorando siempre
por usted: viéndose aislada
con nosotras, niñas débiles;
sufriendo de aquella guerra
la impresion horrible y fuerte,
lleva una huella tan honda
en su corazon...
ANT. ¡Ah!
MARG. (Con irreflexion.) Tiene
una dolencia que...
ANT. ¡Acaba!
MARG. Espere usted que me acuerde
MARIA. (No se lo digas.)
ANT. Concluye.
MARIA. No sabe el nombre que tiene,
ni yo; y aunque á veces grave...
MARG. Puede ser leve, muy leve.
ANT. No: ya me extrañaba mucho
que á mi lado no viniese.
¡Ella, que me adora tanto!
¡Vamos! ¡vamos!
MARIA. Si usted quiere
aguardar...; vá usted convulso,
y ella enterarse no debe...
MARG. No; que una emocion cualquiera
—si es que Isidoro no miente,—
podrá...
MARIA. ¡Margarita!

- ANT. ¡Vamos!
- MARG. Empeorarla. (Inventando.)
- ANT. ¡Y no tenerme enterado!... Tal silencio pudiendo hacer que viniese para estrecharla en mis brazos... ¡Venid!...
- MARIA. Pero...
- ANT. Seré fuerte.
- ¡Vamos!
- MARG. El caso es que he sido la causa; pero...
- MARIA. Lo quiere, sea. Por aquí.
- MARG. ¡Cuidado!
- (Creyendo que su padre tropieza.)
- ANT. (Tropieza.) No: no tropiezo. ¡Ah! ¡Si viese!

ESCENA IX.

Momentos de quedar sola la escena. Por la puerta del jardín,
FERNANDO y MAGDALENA.

- FERN. Venga usted aquí. No más rezos ni más paseo.
(Sienta á Magdalena en el sillón que habrá en el ángulo más sombrío.)
- MAGD. ¡Paciencia!
(Cada vez con más fatiga.)
- FERN. Yo iré..
- MAGD. Aguarda, y un instante escucha..
- FERN. Lo que usted quiera.
- MAGD. ¡Cada momento que pasa tanta vida se me lleva, que ya conservo tan poca que me da alientos apenas!
- FERN. Los nervios...
- MAGD. Algo más grave: algo que ruge con fuerza

- aquí dentro: algo ya muerto,
pero que aún me atormenta!
- FERN. ¡Si supiera usted el daño
que me hace!
- MAGD. ¡Si supieras
el que sufro! Más le olvido
y acudo á tí, en la creencia
de que, si no como madre,
como amiga verdadera
me quieres...
- FERN. ¡Con toda el alma!
- MAGD. ¡No me engañé!
- FERN. Pero estas
razones, ¿á qué conducen?...
- MAGD. Á encargarte... ¡Cuánto cuesta
hablar de muerte en el borde
de la tumba!
- FERN. ¡Magdalena!
- (Reconvencion cariñosa.)
- MAGD. Este medallon que llevo,
en el momento que muera,
se lo entregas á María.
- FERN. Bien, bien. Hasta que suceda
esa desgracia...
- MAGD. ¿Desgracia?
¡Ó felicidad eterna!
- FERN. Bien. Los justos así dicen.
- MAGD. ¿Lo harás?
- FERN. Como usted lo ordena.
- MAGD. ¿Me lo juras?
- FERN. ¡Por mi padre
que Dios en su gloria tenga!
(¡Tu padre! ¿Tu padre?) ¡Cielos!
¡Ay de mí!
- FERN. Tenga usted fuerzas,
no vuelva aquel accidente...
- MAGD. No: no volverá: no temas.
- FERN. ¿Quiere usted algo?
- MAGD. Que busques
á mis hijas.
- FERN. Voy.
- MAGD. Qué seas

FERN. siempre un cariñoso hermano...
MAGD. Más que hermano para ellas.
FERN. ¡Dios te lo pague!

Un momento.

Al instante doy la vuelta,
y verá usted si las quiero
cual quiere usted que las quiera. (Váse.)

ESCENA X.

MAGDALENA.

Harás bien. ¿No han de quererse
si Dios lo manda? Se acerca
el momento en que del mundo
deje la cárcel estrecha...
¡Ay! acaso en mi camino
mi hija adorada me espera,
y no, no podrá llevarme...
¡Dios es justo, y soy perversa!
(Breve pausa. La fatiga, casi estertórea, va cre-
ciendo poco á poco. Depende de la actriz.)
¡Murió!... ¡En la revuelta cuna
su último aliento á Dios vuela,
y casi en el mismo instante
se rompe mi seno, y llega
otro ángel hasta mis brazos,
que ángeles el vicio engendra!
¿Qué hacer? ¡El mundo...; la honra...,
mi Antonio...; ¡Jesús! ¿Que puedan
pronunciar nombres honrados
los mismos que los afrentan?
¡Sí; Roman... hija! Si amantes
veis mi pesadumbre inmensa;
si la ceguedad de un año
rescatan veinte de penas,
pedidle á Dios que me escucha
que su piedad resplandezca.
¡Ah! ¡Tengo miedo!... ¡Estoy sola!...
¡Sola!... ¡Entre indecisas tinieblas!...
Parece que voy corriendo
al campo-santo... Así era

de silencioso... Aterrada,
y febril, y sola..., y trémula,
¡cuántas veces en el sitio
donde sus rostros cubrieran,
me desplomé de amargura,
y de amor, y de vergüenza!
¡Ah! parece que las ramas
de ese jardín, cuando tiemblan,
me hablan de aquellos cipreses
que el alto cielo me muestran.
¡Qué horror! ¡El cielo!... ¡Dios mío!
¡Tu eternidad me ame... drenta!
¡Perdon!... ¡perdon!... ¡Por tu Madre!
¡otra madre te lo ruega!

(Al intentar ponerse de rodillas cae desplomada de
bruces.)

ESCENA XI.

MAGDALENA, desmayada en el ángulo más sombrío.
ANTONIO y MARGARITA por el opuesto.

ANT. ¿Dices que aquí estamos solos?

MARG. Mi madre sin duda reza,
y Fernando...

ANT. Con María
sobre tu boda proyecta...
Quiero saber...

MARG. ¿Aún persiste
en usted la misma idea?

ANT. ¡Sí! ¿Qué es mejor? ¿qué lo ignore
y que el golpe me sorprenda,
ó estar preparado?

MARG. El caso...

ANT. Si á vosotras os lo cuentan,
¿soy más débil? ¿la amo ménos?
Obedece. ¡Te lo ruega
tu padre! (Magdalena empieza á volver en sí.)

MARG. Yo creo poco,
pero muy poco en la ciencia:
así que cuando asegura
Isidoro, que está enferma

- de gravedad...
- MAGD. (¡Ah!)
- ANT. ¡Dios santo!
- MARG. Lo dudo.
- ANT. Dí toda entera la verdad. ¡Quiero apurarla aunque me ahogue la tristeza!
- MARG. Pues dice... Pero...
- ANT. Prosigue.
- MAGD. (¡Jesús!)
- MARG. Que si Dios no hiciera un milagro, morir puede de pronto.
- MAGD. ¡Ay de mí!
- ANT. ¿Qué?
- MARG. ¡Espera!
- MAGD. ¡Hija!
- ANT. ¿Lo escuchó?
- MARG. ¡No, madre!
- ¡mentí, mentí! ¡No me creas!
- (Avalanzándose á ella.)
- ANT. ¿Dónde estás? ¿dónde? ¡Oh! ¡mis ojos sumidos siempre en tinieblas!
- ¿De qué me sirve ahora el alma si me falta la materia?
- (Con desesperacion.)
- MARG. ¡Padre! ¡padre!
- ANT. ¿Adónde, adónde?
- MARG. ¡Ven!
- ANT. ¡Antonio! (Abrazándole.)
- MAGD. ¡Magdalena!
- (Momento de pausa.)
- MARG. ¡Madre!
- ANT. ¡Vete!
- MAGD. ¡Sí, es preciso!
- ANT. Déjame á solas con ella.
Yo la diré que has mentido.
¡Vete! ¡vete!
- MAGD. ¡Adios, y reza! (Váse.)

ESCENA XII.

MAGDALENA, ANTONIO.

- ANT. ¡Amor mío, cálmate!
MAGD. ¡Dios quiso que lo supiera!
Me manda que ántes que muera
llore en tu seno, y lo haré.
- ANT. No me entristezcas...
MAGD. Te pido
que no me interrumpas. Lucho
con la muerte; he de hablar mucho,
y debes prestarme oído.
- ANT. No pienses... ¡Fatal momento!
MAGD. ¡Oye!
ANT. Vivirás dichosa.
Vuelve la paz venturosa
á tu hogar: ¡vuelvo contento,
feliz! Tú que me has llorado
tus lágrimas secarás.
¡No pienses, no pienses más
en morir!...
- MAGD. ¡Desventurado!
¡No sueñes!
- ANT. Yo te prometo
hacer tu vida serena,
y ya verás, Magdalena,
ya verás...
- MAGD. ¡Tengo un secreto
horrible, que me devora
el corazón! ¡Por Dios Santo,
óyeme!
- ANT. ¡No sabes cuánto
me apena escucharte!
- MAGD. Ahora...
Después..., después...
- ANT. ¡Por piedad!
MAGD. Pensé que fácil sería...
ANT. ¿Es tal?
MAGD. ¡Que lo callaría
si no hubiese eternidad!

- ANT. ¡Magdalena!
- MAGD. En mi martirio
quiero tu perdon!...
- ANT. ¿Por qué?
¿Hay culpas en tí? ¿Tendré
que presenciar tu delirio?
- MAGD. ¡Oye! ¡Me falta el aliento!
- ANT. ¡Habla, pues lo quieres!
- MAGD. ¡Ah!
¡Cómo apagándose va
la luz de mi pensamiento!
(Breve pausa. Toda esta escena queda encomen-
dada á la inspiracion de los actores.)
Sola, aislada, á tu partida,
con nuestras hijas, sentí
que se despertaba en mí
la pasion con nueva vida;
que así, si en el corazon
las culpas sus redes traza,
para vencer se disfraza
con alardes de pasion.
Roman... me amaba... Le amé...
¿Le amaste?
- ANT. ¿Le amaste?
- MAGD. Más que debí...
- ANT. ¡Miserable!
- MAGD. ¡Ay!
- ANT. ¡Sigue!
- MAGD. Sí:
nos amábamos... pequé.
- ANT. ¡Jesús! ¡infames!... ¿Robar
mi honra á mansalva?
- MAGD. ¡Oye!...
- ANT. ¡Acaba
de una vez! ¡El dardo clava
de un golpe, sin vacilar!
- MAGD. Tu hija, la nuestra, moría,
y yo, doliente, á su lado.
sentí otro ser desgraciado
que en mi seno se nutria;
y cuando el uno voló
á la region donde mora...
¡Otro á tus brazos, traidora,

- desde el infierno llegó!
MAGD. ¡Te lo callé!
ANT. ¡Bravo alarde
de tu amor!
MAGD. ¡Oye!... No puedo!...
Nadie sabe... ¡Ay, tengo miedo!...
ANT. ¡Siempre es el crimen cobarde!
MAGD. Tu hija... murió...
ANT. Sí, ya sé...
Mas... ¡Ah! ocupa su puesto
la tuya, la... ¡Te detesto,
y á ella! (Amenazante.)
MAGD. ¡Piedad!
ANT. ¡No, á fé!
¡La has tenido tú de mí?
Mientras léjos sucumbía
de dolor; mientras quería
oro y oro para tí,
tú pagabas mis favores
robando á mi hija adorada
lo que es suyo.—¡Desgraciada!
¡No! ¡Si es inútil que implores!
¡Si no me puedes vencer!
¡Ah! ¡Si mis ojos miráran,
de qué modo se claváran
en los tuyos para leer
toda esa historia sombría
de adulterio!...
MAGD. ¡Ya he sufrido!
ANT. ¿Sufrir tú?... ¡Ser pervertido,
ladrona de la honra mía!
Oh, dime: cuál es el fruto
de esa *pasion* que ignoraba?
¿Cuál de esas dos que adoraba
como mi bien absoluto,
debo separar de mí,
arrojarla?...
MAGD. ¡Antonio!
ANT. ¡No!
¿Querrás que la abrace yo
como *él* te abrazaba á tí?
MAGD. ¡Perdon!

- ANT. ¡Habla!
- MAGD. ¡Dios eterno!
- ANT. ¡Sé que hasta el asalto aquel
fué cómplice tuyo!... ¡Á él
le reclamaba el infierno!
- MAGD. ¡Jesús!
- ANT. ¡No invoques á Dios!
¡Le insultas!
- MAGD. ¡Ah!
- ANT. ¡Pronto!...
- MAGD. Ofrezco...
- ANT. ¿Cuál es la que ya aborrezco?
¿Cuál es mi hija de las dos?
¡Habla!
- MAGD. ¡Pie...dad!
- ANT. ¡Qué piedad!
¡Lo primero es lo primero!
¡Ah! ¡Mis ojos! ¿Lo oyes? ¡Quiero,
quiero entera la verdad!
¡No desmayes!
- MAG. ¡Ah! ¡Se...ñor! (Muero.)
- ANT. ¡No cedas desfallecida!
¡No me la arranques la vida
cual me arrancaste el honor!
(Mirando al cielo.)
¡Ah! ¡muerta! ¡Dios de bondad!
¿De bondad dije? Mentí.
Si no es el infierno aquí,
¿cuál hay en la eternidad?
¡Hijas! (Gritando.)
¡Oh! ¡No! ¡Maldicion!
¡No harán que el dolor me venza!
¡Qué bien partió la vergüenza
en trizas tu corazón!
(Arroja á Magdalena de sus brazos con desdén.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. La chimenea encendida como en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, MARGARITA.

FERN. ¡No llores más! ¡Dios lo quiere,
y es menester conformarse!

MARG. ¡Ay! Es que á cada momento
que pasa, juzgo más grande
mi dolor. En esta estancia
donde en brazos de mi padre
se desplomó... ¡Madre mía!

FERN. Ya os dije yo que no entraseis,
que la pena...

MARG. En este ambiente
hay algo dulce, suave,
que parece que aún repite
su hermoso acento de ángel.
¡Cuán buena fué! ¡Allá en el cielo
nos ve!...

FERN. La desdicha es grave;
pero tu afliccion...

MARG. Llorando
se consuelan los pesares...

Porque no puede llorar
hace papá lo que hace.

FERN. ¡Infeliz!

MARG. Allá en su cuarto...

FERN. ¿Y María?

MARG. Hecha una mártir.

Junto á la puerta cerrada
y envuelta entre sombras yace,
diciendo de vez en cuando
que la deje entrar, y en balde.

¡Oh, pobrecilla! Yo misma
cogí el medallon, ya sabes,
el que llevaba en su cuello,
compañero inseparable...

FERN. Sí, con hacer lo que hiciste
su deseo adivinaste.

Mas no recuerdes...

MARG. ¡María

es la que debe llevarle,
pues aunque iguales en años,
no somos en alma iguales!

FERN. ¡Margarita!

MARG. Ella fué siempre
para mí como mi madre.

FERN. Está muy bien. Lo conozco,
pero si sigues hablándome
de ese modo...

MARG. ¿Y de qué quieres,

Fernando, que ahora te hable?

FERN. ¡Oh, de todo; más no quiero
que te atormentes! ¿No sabes
que cada lágrima tuya
dentro de mi pecho cae
y me abrasa? Es egoismo,
no es amor, si así te place.

MARG. ¡Fernando!

FERN. ¡Ya se esperaba
ese golpe formidable!

MARG. ¡Ay! ¡Por mucho que se espere
no hay corazón que lo aguante!

FERN. Bien, ángel mío; mas...

MARG. ¡Calla!

FERN. Tal vez vencido mi padre...
Es María.
MARG. ¡No consigue,
por lo visto, consolarle!

ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

MARIA. ¡Todo ha sido inútilmente!
¡Con extraña agitacion
recorre la habitacion
y gime confusamente!
¡Ay! Que Dios quiera alejar
de nosotros nuevo daño.

MARG. Cuidate tú: no es extraño
que así muestre su pesar.

FERN. El golpe fué tan cruel...

MARIA. ¡De sobra!

FERN. Si reflexiona...

MARIA. ¿Y cómo se le abandona
en ese estado?

MARG. Cuando él
persiste en la terquedad
de no abrir, estoy segura
que es porque su desventura
se alivia en la soledad.

MARIA. Yo temo por su razon...

MARG. ¡Mujer, por Dios!

FERN. ¡No exajeres!...

MARIA. Siempre he sido igual. ¿Qué quieres?
¿Quién cambia de corazon?
Y cuando entramos ayer,
aquella torva mirada,
aquella frase cortada,
¿no nos lo hizo temer?
¿No fuiste tú la primera?...
¿No nos separó irritado,
frenético, de su lado
y huyó?...

MARG. ¡Calla!

FERN. Si pudiera

- Margarita...
- MARIA. Acaso á tí
se rinda.
- FERN. Probemos.
- MARG. Creo
que es inútil.
- MARIA. Yo deseo
que intentes...
- FERN. Vamos. ¿Tú aquí
no esperas? ¿No es mejor
que allá dentro?...
- MARIA. No, Fernando.
Aquí quedaré rogando
porque se apiade el Señor.
- MARG. Me asombra tu fortaleza. (Besándola.)
Yo, en cambio...
- FERN. Ven, Margarita.
- MARIA. Anda...
- MARG. Si aquella bendita
nos ve...
- MARIA. ¡Madre!
- MARG. En la grandeza
de mi amor, y el que hay en tí,
de fijo que ha de encontrar
otra madre, en el lugar
de la madre que perdí.
- FERN. Qué ánsia de llamar al llanto
- MARG. Voy...
- MARIA. Tienes razon.
- MARG. Ahora
para ese padre que llora
á impulsos de su quebranto,
debemos de ser las dos
vivo ejemplo de ternura.
¿No es verdad? Estoy segura...
- MARIA. ¡Oh, sí!
- MARG. Vuelvo pronto..
- FERN. ¡Adios! (Vánse.)

ESCENA III.

MARÍA.

¡No hemos de querer pagarle
cuanto por nosotras hizo!
Desde el cielo nos lo manda
quien nos legó su cariño. (Mirando el retrato.)

¡Sí, madre mía! ¡Al mirarte,
pienso que no te he perdido,
y hasta respiro tu aliento
si en este ambiente respiro!
¡No me has dejado! ¡Aún existes;
aún te tengo al lado mío;
aún mi voz y mi ternura
quieren calmar tu martirio!

(Quitándose el medallon.)

Aquí, cuando éramos niñas,
mil veces tu imágen vimos
junto á la del tierno esposo,
que hoy, sin tí, llora afligido.
¿Qué han de poder las angustias
cuando de recuerdos vivo,
y son los recuerdos tales
que me abren el Paraiso?

(Abriendo el medallon.)

Más ¿qué es esto? Ni retrato
ni cristal... pero en su sitio
este papel... ¡Ay! no acierto
la causa; pero me agito
á mi pesar. (Leyendo.) «Solamente
mi María puede abrirlo.»

¡Oh! ¡madre, madre! ¡Aún resuena
tu dulzura en mis oídos!

(Abre el papel, y lee con emocion creciente.)

«Reservadísimo. Hija mia de mi alma: Sin-
»tiendo cercana mi muerte, quiero, á true-
»que de marchitar tu inocencia y empañar
»tu candor, revelarte que tu hermana Mar-
»garita...» (Dejando de leer.) ¡Jesús! ¡Jesús!

(Sigue leyendo. La actriz interpretará esta escena
como estime mejor.)

«Que tu hermana Margarita no debe la vida
»á tu padre.» ¡Qué horror, Dios mío!...
«Que Dios me tome en cuenta el sacrificio
»que hago al confesártelo; pero el egoismo
»de madre y el arrepentimiento de cristia-
»na me impulsan á ello, pidiéndote, amor
»mío, que si tu padre llega á descubrir al-
»gun día, y solo mi confesion y este papel
»pueden ser prueba, ese delito que me
»cuesta la vida, tú seas para tu hermana
»lo que has sido siempre, el ángel de su
»consuelo que se interponga entre la justi-
»cia del ofendido y la felicidad de quien no
»ha pecado. No dudo que, si como presu-
»mo, eres feliz con Fernando, encuentres
»en él un auxiliar poderoso, para tan buena
»obra. Adios, alma mía de mi alma, no
»maldigas mi memoria, y ruega por tu ma-
»dre que te bendice desde el fondo de su
»su corazon...»

¡Ay, de mí! ¡No sé que siento!...

¡Mi madre! Huyó mi ventura,
como huye la niebla oscura
azotada por el viento!

¿Qué importa? Aunque al pensamiento
hiera el rudo sin sabor,
te juro por el Señor
que á ser su madre me obligo,
y que te amo y te bendigo,
pobre mártir del amor!

ESCENA IV.

DICHA, ANTONIO.

ANT. (Saldré... saldré... ¿Qué adelanta
mi mal con rugir aislado?
Quiero encontrar el pecado
que me abrumba y que me espanta.)

MARIA. (¡Ah! ¡Mi padre!)

ANT. ¡Cuál se ceba
en mí la fatalidad!

- MARIA. ¡Sí, madre! ¡La eternidad
guarda ya la mejor prueba!
(Arrojando el papel á la chimenea.)
Guarda el fuego la entregada
á mi amor por tu amargura.
Ante él serás siempre pura,
siempre fiel y siempre honrada.
- ANT. ¿Hay que luchar? ¡Lucharé!
- MARIA. ¡Padre!
- ANT. ¿Quién es?
- MARIA. Yo, María,
aquí estoy.
- ANT. ¡Quita!
- MARIA. Quería
hablar contigo...
- ANT. ¿Por qué?
- No; gracias... Vete.
- MARIA. Me apena
la agitacion...
- ANT. (¡Su voz siento
¡y qué dulce es el acento
conque me anima en mi pena!)
¡Hija! (Abrazándola.)
- MARIA. Padre, que concluya
ese dolor que comprendo.
Yo tambien...
- ANT. (Rechazándola.) ¿Qué estoy haciendo?
¡Aparta! (¿Será la suya?)
- MARIA. ¡Por piedad!
- ANT. ¡Déjame!...
- MARIA. ¡No!
si veo que sufre tanto...
- ANT. ¡Vete... vete!
- MARIA. ¡Por Dios santo!
- ANT. ¡Por Él te lo pido yo!
- MARIA. Está bien.
- ANT. ¡Del mal opreso
tengo que gemir sin calma!
- MARIA. ¡Adios! (Besándole una mano.)
- ANT. ¡Ah! ¡Besó en el alma,
aunque ha dejado aquí el beso!

ESCENA V.

ANTONIO.

¡Sombras!... ¡sombras nada más!...

¡Cuán leves son las que encierra
esta máquina de tierra

que no comprendí jamás!

Dónde con tu sombra estás,

—¡oh! ¡espíritu que abomino!—

no hay ni un rayo en el camino

que marque con tibio anhelo

ó las márgenes del cielo,

ó el infierno al peregrino!

¡Y cómo las quiere hallar

mi tremenda pesadumbre

en la horrible incertidumbre

que no puedo desechar!

¿Adónde voy á marchar?

¿Dónde se encuentra mi honor?

¿Dónde el engendro traidor

que roba, desde la cuna,

mis angustias, mi fortuna,

y sobre todo, mi amor?

¿En qué frente besaré

sin que se abrasen mis labios?

¿Con qué seno mis agravios

y mi afrenta estrecharé?...-

¡Ah! ¡infames! ¡Cuánto luché,

cuánto, y con cuánto desvelo,

para que al rasgarse el velo

donde esa historia se encierra,

no encuentre paz en la tierra,

ni acaso premio en el cielo!

¡Sí, lo quiero publicar:

quiero que lo sepan todo,

aunque salpicando el lodo

me pueda el lodo manchar!

¡Sí, sí! ¡Quiero reposar

de tan horribles torturas!

¡Ah! ¡si ves mis desventuras

y es el espíritu eterno,
el infierno de tu infierno
han de ser mis amarguras!

ESCENA VI.

DICHO, MARGARITA.

- MARG. ¡Padre!
ANT. ¿Quién vá?
MARG. ¿Desconoce
usted mi voz? Margarita.
ANT. ¿Tú?
MARG. ¡Sí; le estuve esperando;
pero al ver que no salía,
me encaminé al oratorio
para calmar mis desdichas!
ANT. Ya salí... Ya estás contenta.
MARG. Solo en su cuarto, ¿qué haría?
¿No es mucho mejor que lllore
en los brazos de sus hijas?
ANT. ¿Mis hijas?... ¡No! ¡no pronuncies
tal palabra, Margarita!
MARG. ¡Por Dios!
ANT. ¡Oh! Ven á mi lado:
ven: más cerca; que reciba
tu aliento sobre mis labios,
y habla...
MARG. ¡Por Dios!
ANT. ¿Desconfias
de mi razon? ¡Pues no temas!
¡Dios no me dará tal dicha!
¿Cuál de las dos se parece
más á mí?...
MARG. Pero...
ANT. ¿María?
¿Tú? ¿Cuál? ¡Responde! ¡responde!
MARG. Nosotras. (¡Virgen Santísima!)
ANT. ¿Por qué callas?
MARG. Si es que somos
de tal modo parecidas
á nuestra madre las dos...

- ANT. ¡Ay! ¡sombra de mis pupilas!
¡Cómo pudiera rasgarte
solo un punto mi agonía,
aunque despues fuera eterna,
qué pronto te hiciera trizas!
- MARG. ¡Por Dios! ¡Por Dios!
- ANT. ¡Calla! ¡Calla!
¡No recuerdes su justicia;
no, que me deja en los mares
revueltos de la perfidia,
sin un astro que me alumbre,
ni una tabla que me asista!
- MARG. ¡Padre!
- ANT. ¡Déjame!
- MARG. ¡No puedo,
y no quiero!.. (Resuelta.)
¡Me horroriza
su exaltacion, padre mío!
¡Cálmese usted! ¡Lo suplica
quien si no llega á sus brazos
alcanzará sus rodillas! (cayendo.)
- ANT. ¡Levanta! ¡levanta! (¡Siento
que es muy fácil que me rindan!
¡Ah! sueños de mis venturas,
¿por qué volveis á mi vista
despues de quedar hundidos
en espantosas neblinas?

ESCENA VII.

DICHOS, MARÍA.

- MARIA. (¡Ah! ¡Se confunden los dos
en un abrazo! ¡Se adoran!
¡Cuántas cosas que se ignoran
bendice y oculta Dios!)
- MARG. Prometa usted...
- ANT. No he cedido
más que á mi dolor profundo.
- MARIA. Los dolores que dá el mundo
son breves.
- ANT. ¿Nos has oido?

- MARIA. Le he visto á usted abrazar
con ternura á Margarita:
habla de pena infinita:
siento la mía aumentar.
¿Qué más necesito oír?
¡Sé de qué hablaban, y quiero
que la angustia en que me muero
se puede á su angustia unir!
- ANT. (Separándose receloso de Margarita y hablando con
misterio á María.)
¡Ah! dí: tú que siempre fuiste
la que esta casa cuidaste:
con sus dolores lloraste,
y con sus dichas reiste,
¿no sabes alguna historia
que pueda al ser relatada,
oscurecer la mirada
y avergonzar la memoria?
¿Yo?... (¿Sabrá?...)
- MARIA. Responde y mira
ANT. que pregunta el sentimiento...
- MARG. ¡No!
- ANT. ¡Si tiene igual acento
la verdad que la mentira!
- MARG. No acierto á entender...
- MARIA. (¡Decae,
á mi pesar mi valor!)
- ANT. ¡Oh! ¡Soltadme!... (¡El deshonor
es como el abismo, atrae;
y aunque quiera resistir
su atraccion, hácia él me inclino.
¡Ay! ¡ni un astro en el camino
ni un puerto en el porvenir!)
- (Al decir: «Soltadme» María y Margarita se han
abrazado, y contemplan á Antonio con miedo y
lástima.)
- ¡No me sigais! ¡No, por Dios!
no traigais á mi memoria
los terrores de una historia
que os envuelven á las dos!
¡Y si os pesa mi quebrauto,
dejadme á solas con él:



no hagais más ágría la hiel
que resbala entre mi llanto!

LAS DOS. ¡Padre!

ANT. ¡Callad! (Reponiéndose.)
Renació

mi tremendo padecer.
(¡Ellas la deben el sér,
que no la odien como yo!) (Váse.)

ESCENA VIII.

MARIA, MARGARITA.

MARG. ¿No advertiste qué miradas
lanzó con honda fijeza?

¿No has escuchado sus frases
que vienen bien con aquellas?

MARIA. ¡Como el pobre sufre tanto!...

MARG. ¡Ay! Su razon... Yo quisiera
disiparte, cual lo hice
no hace mucho, tal idea;
más los hechos...

MARIA. (Pero ¿cómo,
cómo es posible que sepa?...

¡Ah! ¡sí! ¡sí! Tal vez muriendo!...)

¡Oh! ¡Señor! ¡Señor!

MARG. ¿Empiezas

tú también?... ¿Pues dónde busco
entonces calma en mi pena?

MARIA. En mí, en mí y en Fernando,
en Fernando, que te espera...

MARG. ¡Fernando!

MARIA. ¡Sí; su ternura
es, como la tuya, inmensa!

Él te llevará hasta el ara,
y cuando su esposa seas,
y yo quede con mi padre
endulzando sus tristezas,
en los días de la infancia
y en nuestro cariño piensa!

MARG. Siempre pensaremos juntos
que, ante mi padre, cayeran

todos los afectos, todos,
hasta este amor que me llena
de ventura, y que por nadie,
por nadie al olvido diera!

MARIA.

¿Amas á Fernando tanto?

MARG.

¡Más que á mí!

MARIA.

(¡Dios me pratejal)

MARG.

Bien lo sabes: nos queremos
con esa pasion primera
que aunque vacile, no muere,
y aunque la apaguemos, quema.
¿Por qué lo dices?... ¿Acaso?...
¡Oh! ¡no! Si es que algo sospechas...

MARIA.

MARG.

¿De qué?...

MARIA.

Cuando seais felices,
recordadme.

MARG.

¿Á qué te empeñas
en martirizarte? Nunca
nos separaremos. Cerca,
muy cerca siempre, pensando
en nuestra madre, en aquella
que con el nombre de Dios
nos enseñaba á ser buenas
como en la infancia en las horas
que la vida nos reserva,
con las manos enlazadas
y con las frentes serenas,
con la sonrisa en los labios
y la paz en la conciencia,
haremos ver á ese ciego
más luz que la de la tierra!

MARIA.

¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡Juré ampararte!
¡Serás dichosa! ¡No temas!

ESCENA IX.

DICHAS, FERNANDO.

FERN.

Os dejo breves instantes.

MARIA.

Sí; que aunque tu compañía
nos alegra, no querría
molestarte...

FERN.

Cuanto ántes

volveré.

MARG.

Pero...

FERN.

Un momento.

Voy á casa: he recibido
ahora poco, y lo he leído
de mi padre el testamento,
y quiero guardarlo ya.

MARG.

Siento que salgas.

MARIA.

No es justo.

MARG.

Mi afliccion y mi disgusto
se templan cuando él está.

FERN.

¡Mi bien!

MARIA.

Vé. Fué tierno alarde...

FERN.

Que responde á mi ternura.

MARIA.

Se atrasa vuestra ventura.

FERN.

Nunca para el bien es tarde!
y tanto pienso alcanzar,
que, aunque me pesa, merece
que Dios, que me favorece,
quiera hacérmelo esperar.

MARG.

¡Cuán feliz hubiera sido
nuestra pobre madre al ver
que nuestro amor iba á ser
por el Señor bendecido!
Ni aún sospeché...

MARIA.

Lo sabrá.

FERN.

Estoy cierto, y desde el cielo
¡con qué cariñoso anhelo
nuestra union bendecirá!...
Quiso tu padre callarla
tal sorpresa: más Dios quiso
que solo en el Paraiso
pudiera regocijarla
la dulce felicidad
de dos almas que nacieron,
y, casi al nacer, se unieron
por toda la eternidad.

MARG.

¡Más bien callaste tu amor!
Solo hace un mes...

FERN.

¡Ay! temía
que si tu alma no era mía
me destrozase el dolor!

- MARG. Verdad que ni aún me fijé...
Yo hasta creí que mi hermana...
¿Te acuerdas? Más ¡cuán ufana
miro que me equivoqué!
- MARIA. (Si supiera su baldon
tal vez la abandonaría,
y entónces... ¡No, madre mía!
¡Jamás! Por tu salvacion!) (Con solemnidad.)
- FERN. ¡Ah! Vuestro padre... Allí vá...
- MARG. Voy á buscarle... (Váse.)
- FERN. Si, quiero
darle un abrazo. El primero
y el más amante quizás!

ESCENA X.

DICHOS menos MARGARITA. Á poco rato MARGA-
RITA.

- FERN. Amándole de ese modo,
presto obediencia á mi padre.
- MARIA. ¿Sabes cuál era su encargo?
- FERN. Sí, y es el más agradable
que pude soñar: revela
su alma generosa y grande.
- MARIA. ¡Cómo la tuya!
- FERN. No puede
á la suya asemejarse.
- MARIA. Pues eres bueno.
- FERN. Os conozco
hace ya tanto, que es fácil
que sólo por conoceros
broten en mí las bondades.
Tú, sobre todo! María,
eres en la tierra un ángel.
Siempre te he rendido un culto
que no podrá borrar nadie,
y en mi corazon ocupas
mucho más de lo que aguardes.
- MARIA. ¡Fernando, calla!
- FERN. Tu hermana,
que no quiere separarse
de tí, responde á mi gusto

y así ha de ser.

- MARIA. ¡Oh! No sabes...
no sabes!... ¡Nada! (Reponiéndose.)
- FERN. ¿Qué tienes?...
- MARIA. ¡Lloras?... ¡María!
(Levantándose.) ¡Oh! Déjame,
que no conoces, Fernando,
el mal inmenso que haces!
- FERN. Pero ¿por qué?
- MARG. (Entrando.) Aquí se acerca.
No le entristezcas. Callarse.
Le fuí siguiendo en silencio,
y él, incierto y vacilante,
sin saber dónde camina,
aquí llega.
- FERN. Voy...
- MARIA. Espérate.

ESCENA ÚLTIMA,

DICHOS, ANTONIO.

- ANT. ¡No sé qué hacer...
- FERN. (Á Margarita.) Vendré ahora!
y...
- MARG. Estamos aquí, papá,
con Fernando.
- ANT. ¿Él?... ¿y acá?...
- (¡Oh! ¡Callemos!) En buen hora.
- FERN. Ya sabe que sus pesares
son míos también.
- ANT. ¡Lo creo!
- MARIA. ¿No decansa usted?
- ANT. Deseo
no sé qué...
- MARG. (No te separes (Á Fernando.)
de nosotras. Me acobarda
su excitacion.)
- FERN. (Se ha calmado.
No temais.)
- ANT. ¡Ay! ¡desdichado!

- La muerte... ¡la muerte tarda!
FERN. ¡Antonio!
(Cogiéndole la mano que Antonio retira.)
ANT. ¿Qué?
FERN. ¡Por favor!
El hombre que se doblega
cuando una desgracia llega,
no manifiesta valor.
Comprendo que es inaudita
la que hoy á todos nos une;
pero cuando usted reúne
en María, en Margarita,
y en mí, quien su desconsuelo
endulce con su ternura,
rendirse á la desventura
casi es ofender al Cielo!
MARG. Dices bien.
MARIA. ¡Oh! Ya verás (Á Margarita.)
con qué amor le cuidaremos.
No sabe usted lo que haremos (Á su padre.)
porque nos quiera usted mas.
Y no juzgue que es virtud,
si no quiere, es egoismo:
es que piensa en su heroismo
nuestra filial gratitud
y solo sabe buscar
algo que endulce su duelo.
MARG. Y con auxilio del Cielo
lo sabremos endulzar.
ANT. ¡Señor! ¡Señor!
FERN. Yo confio...
ANT. ¡Cállate tú! ¡Calla! ¡calla!
¡que á tu sola voz estalla
tremendo mi desvarío!
¡Deja que al impulso interno
de mi amor mi ofensa ceda;
pero tu voz me remeda
carcajadas del infierno!
En calma te oí hace poco,
¡no sigas, porque á tu voz
siento el impulso feroz
de matar!...

- FERN. ¡Ah!
ANT. ¡No estoy loco!
MARIA. ¡Oh! ¡no!
ANT. ¡Y lo quisiera estar;
porque con locura inmensa
se sufre, más no se piensa,
y mi tormento es pensar!
- FERN. ¡Vamos! ¡vamos!
MARIA. ¡Padre mío!
ANT. ¡Dejadme!
MARG. ¡Padre!
ANT. ¡Os lo ruego!
¡Dejad que camine el ciego
solo, sin que rudo impío,
aumente su desconsuelo,
que hoy en él absorbe todo,
hallar murallas de lodo
en los umbrales del Cielo!
- MARG. ¿Qué hicimos?
ANT. ¡No preguntéis!
¡Me esfuerzo en ahogar mi pena!
¡Si la corriente es serena,
al ménos donde la veis,
no la queráis agitar...
que entónces pudiera hervir,
y al mismo Cielo subir
y en los Cielos estallar!
- FERN. Pero, ¿tal furia?
ANT. ¡Aún es poca:
aún no es toda la que tengo,
aún la lucha que sostengo,
callada en el alma choca!
¡Ay! si encuentra quien inquiete
el reposo á que la obligo...
- FERN. ¡Antonio!
ANT. Sé lo que digo,
y vete, Fernando, vete,
que me traes con tu presencia
á la memoria el horror
de una página de amor,
verdugo de mi existencia.
¡Y no quiero, y no lo haré,

ser tan vil y tan villano,
como mi amigo..., mi hermano,
como tu padre lo fué!

LAS DOS. ¡Ah!

FERN. ¡Dejadle reposar
donde, honrado está sepulto!
¡Si os presta calma el insulto,
bien, me podeis insultar!
¡Pero á mi padre, eso no!

MARG. ¡Piedad!

ANT. ¡Tu padre!

MARIA. (¡Dios santo!)

ANT. Tu padre que vió mi llanto,
que mis angustias oyó,
que me dijo: «Vé tranquilo
á lograr por Magdalena
el oro que la enajena:
tendrá en mi casa un asilo:
seré su hermano.»—¡Ah, traicion!
Y fué...

MARG. ¡Padre!

ANT. ¿Lo estais viendo?

Le empujan: lo está queriendo.
¿Quién refrena al corazon? (Breve pausa.)

MARG. El pobre Fernando siente
lo que dice usted...

MARIA. (¡Me espanta
lo que pienso!) (¡Virgen santa!
Si así fuera...)

FERN. ¡Inútilmente
me esfuerzo en adivinar
la razon de tanta fúria,
y ménos que en torpe injuria
se pueda el amor trocar!
¡Mi padre tanto le amó,
que hoy tratarle de ese modo
es injusto, impío!...

ANT. ¡Todo!

¡Y aún salgo perdiendo yo!

FERN. ¡Antonio!

MARIA. ¡Por Dios te pido
que tengas calma!

- FERN. ¡Ya no!
¡Tanto á mi padre ofendió,
dando su amor al olvido,
que necesito probarle
que aquel alma generosa,
hoy surge aquí silenciosa
á oírle y á perdonarle!
Su testamento.
- ANT. ¡Oh, Señor!
¿Le tienes?
- FERN. Ya lo he leído.
- ANT. ¡Ah! ¡de hijo has esparcido
las cenizas de mi honor!
¿Qué dice?
- FERN. Que la mitad
del quinto dé á Magdalena
que gemía en honda pena
y en amarga soledad,
y si á Magdalena no,
á la hija que ella eligiera,
pensando que usted volviera,
si volvía, cual marchó.
- ANT. ¿Eso dice? ¿Nada más?
- FERN. ¿Ve usted cómo le ha injuriado?
- ANT. ¡Quiso comprar lo robado!
¡Oh, vete, y no vuelvas más!
¡Padre!
- MARG. Á mi padre juré,
—en momento bien amargo,—
cumplir, cual bueno, su encargo,
y hoy juro á usted que lo haré.
Pues Margarita será
mi esposa...
- ANT. ¡Ay, hija mía! (Sin contenersa.)
- FERN. Esa manda es de María
y ella la destinará.
- ANT. ¡Oh, jamás!
- MARG. ¡Le quiero tanto!...
- ANT. ¡Infeliz!
- MARIA. ¡Cuánto padece!
- FERN. Nos amamos.
- ANT. ¡Cómo crece

- el oleaje del llanto!
¡Quise esconder mis enojos;
pero tanto los contuve,
que el llanto rebosa y sube
á desbordarse en los ojos!
¿Qué mucho que caiga yo,
si tambien, yendo al tormento,
bajo el lábaro sangriento
el hijo de Dios cayó?...
- LOS DOS. (Abrazándole.) ¡Padre!
ANT. ¡Fuerza sobrehumana
me acelera en la caída!
Una... me debe la vida.
¡La otra, Fernando, es tu hermana!
- MARIA. ¡Qué dicha! ¡No sabe cuál!
FERN. ¡Jesús!
ANT. ¿Tú lo sabes? ¡Dí!
MARIA. ¡Padre!
ANT. ¡Responde!
MARIA. ¡Ay de mí!...
FERN. ¡Habla!... ¡Concluya mi mal! ..
MARIA. ¡Madre!
ANT. ¡Contesta!... ¡Contesta!...
¡Ah! Si pudiera mirarte,
¡qué bien sabría arrancarte
del corazón la respuesta!
- MARG. ¡Por Dios!
FERN. ¡Tal vez deliró!...
ANT. ¿Delirar en el martirio?
¡La dicha si es un delirio,
pero las torturas, no!
- FERN. ¡María... por caridad...
que mi desgracia te aflija!...
ANT. ¡Sí, dinos quién es la hija,
hija de la iniquidad!
¡Ah! ¡Lo sabré!...
- MARIA. ¡Qué agonía!
ANT. ¡No solloces!... Tú, Fernando...
¡Margarita, ven, lo mando!
¡Es tuya!
- MARIA. ¡No; Madre mía! (Mucha rapidéz.)
MARG. ¡Ah! ¿Soy yo?...



1128726

